

EL SER HUMANO Y LA NATURALEZA

Al referirnos, como hoy suele hacerse, a la destrucción del ambiente, del peri mundo, ya hemos activado el mecanismo de negación con el que queremos sacarnos de encima los problemas. Y es que no se trata tan sólo de un peri mundo, de algo periférico que nos circunda: *"aquí estamos nosotros, y, además, existe un mundo que nos rodea, el peri mundo"*.

No; se trata del mundo que nosotros mismos integramos, de nuestro "co-mundo", en el que vivimos y del que vivimos, y que depende de nosotros tanto como nosotros de él dependemos.

Como habitantes urbanos, hemos perdido la conciencia de ello, ya no tenemos conexión vital inmediata con la Naturaleza; ya no tenemos necesidad de adaptar nuestro ritmo de trabajo a las regularidades de sus fuerzas del ciclo de las estaciones; se nos ha escapado la experiencia de que, para obtener algo de la Naturaleza, hay que cuidarla y tener en cuenta sus condiciones.

Nos hemos acostumbrado, y seguimos haciéndolo, sacar de ella, con toda despreocupación, lo que nos plazca, a saquearla - y de repente, se nos alerta que dentro de breve tiempo, se agotarán sus reservas, y no me refiero solamente a las de energéticos, sino, mucho más amenazante y más fatídico, a las reservas de las energías vitales terrestres: las del suelo, del agua, de la vegetación.

A todas luces, la humanidad de hoy ha llegado a un punto en que ha de aprender que, para salvaguardar la supervivencia de la sociedad y del individuo, no sólo existen ciertos modos de conducta ética que claman por ser aplicadas en la sociedad humana; es decir, en el campo social, sino que también frente a la Naturaleza - ya sea en su forma primitiva, o en la transformada y cultivada por el Hombre - es necesario aplicar ciertas reglas de juego "sociales".

Así como todo sistema social que descansa únicamente en la explotación de una parte de sus miembros por los demás, tarde o temprano habrá de derrumbarse, así también sucederá con la actual "forma de sociedad" que caracteriza nuestra convivencia con la Naturaleza. Por el trabajo que todo Hombre rinde desde el lugar a él asignado, contribuye a la existencia de la sociedad; cede su rendimiento a los demás y lo pone a disposición de todos, a la vez que adquiere el derecho moral de recibir el rendimiento ajeno. Cada uno vive, muy concretamente, de y para otras personas; y como, en lo que él produce, trabaja para otros, coopera en la base existencial de los demás y, por consiguiente, también en la suya propia, indirectamente. Un orden social que se erija sobre estos principios, háyase en un elevado y maduro nivel: el de "mancomunidad" y no el de "confrontación", como es el caso de las formas sociales orientadas hacia la explotación.

Desde Darwin, se nos ha acostumbrado a creer que en la Naturaleza el antagonismo es el principio predominante, que la "lucha por la existencia" constituye la fuerza promotora que estimula todo desarrollo, y en virtud de la cual se imponen los más aptos, los de mayor energía vital, concepción que se ha generalizado en mayor medida que cualquier otra, y que no obstante, no resiste un análisis más detenido, en todo caso no en esa forma exclusiva y generalizante. *¿Debido a qué?*

A que Darwin no la derivó de observaciones de la Naturaleza, sino que ella procede de otro campo totalmente distinto. El propio Darwin así lo manifiesta en la introducción al libro que lo hizo famoso, *"El origen de las especies"*. Dice en él, que se trata de transferir a la Naturaleza, conceptos válidos en el área social humana, y que fueron desarrollados, cien años antes de Darwin, por el economista y demógrafo Malthus.

Malthus previó la "lucha por la existencia", como fatal consecuencia de la excesiva multiplicación de la población; sustentó que la lucha por las tierras disponibles y por las materias primas en vías de escasez se exacerbaría más y más, y conduciría a que se impusieran los más fuertes, los más poderosos, los más aptos. Lo que Malthus formuló, fue fiel imagen del incipiente capitalismo británico; y, con su escrito, suministró a los protagonistas de ese capitalismo, lo que pudiéramos llamar legitimación ética.

No cabe duda de que nos asiste toda la razón al impugnar ciertas formas del "sociodarwinismo", como las que, una y otra vez, se diseñan y se aplican con terribles repercusiones, esto es, transfiriendo a la sociedad humana los principios de selección y de lucha por la existencia; no obstante, no debiéramos olvidar que el propio darwinismo en su forma primitiva pre-darwiniana, ya de por sí era de carácter socio-darwinista, derivado de modalidades sociales que pertenecen a las más antisociales de la historia moderna. La interpretación que Darwin dio a los decursos de la Naturaleza es, por lo tanto, una interpretación de índole social, determinada por las peculiaridades de su época.

Darwin era hijo de su tiempo; por escribir inspirado por el espíritu de aquella época, sus pensamientos tuvieron tan fuerte impacto, que retro actuaron, forjando la conciencia de la época. Hoy, 120 años después de la publicación del "Origen de las especies", nos hallamos en actitud más objetiva ante los conceptos de Darwin y de Malthus. Si bien es verdad que, en la Naturaleza, existe la lucha y el engaño, el comer y el ser comido, estos fenómenos no tienen ni remotamente la importancia dominante y exclusiva que Darwin les atribuía.

Desde entonces, la ecología, rama moderna de las ciencias biológicas, ha descubierto conexiones completamente distintas, y ha inducido a que la biología desarrolle moldes mentales totalmente nuevos.

Así, no deja de ser acertado el que el ejemplar de alguna especie animal se proteja contra el ser comido (no cabe duda que el conejo, por todos los medios a su alcance, rehurtándose y con mimetismo protector, trata de ponerse a salvo del zorro) para cumplir con su destino, reproducirse y así contribuir a la conservación de la especie. Pero no todos los conejos logran salvarse; algunos sí los agarrará el zorro. ¡Enhorabuena!. Pues de lo contrario, conejos, venados y ciervos etc., se sobre multiplicarían en tal grado que acabarían por destruir sus propias reservas alimenticias.

Se encargan las fieras y los parásitos de que en la Naturaleza virgen, o escasamente transformada por el Hombre, nunca se produzca semejante sobre multiplicación. A ellos corresponde, por lo tanto, la función dentro de la totalidad, de mantener reservas normales, saludables y vigorosas, de los animales que les sirven de alimento. No es exagerado, pues, afirmar que los animales de rapiña, a su vez, necesitan de los cazadores que los regulen; no son sus "enemigos". Visto desde otra atalaya, podemos afirmar que toda especie animal, ya sea de conejos, venados, lombrices o caracoles, pone a disposición de la totalidad de la Naturaleza una parte de su población, facilitando así la existencia de otros seres vivos.

Como hemos visto, en última instancia esto no significa pérdida para la especie como un todo; al contrario, la pérdida, la "cesión" de cierto número de ejemplares es importante y provechosa para la propia especie, y representa un "encogimiento terapéutico".

Basta con imaginar qué pasaría si sobrevivieran todos los pajaritos recién nacidos de unos cuantos períodos de incubación: se desataría entonces una lucha inmisericorde por la existencia, así como por los nidales existentes, y por las reservas de alimentos, tal como esa lucha tiene lugar en cada primavera, siquiera a modo de alusión, con nuestros demasiado numerosos mirlos urbanos. Entonces sí se produciría una situación que, con sobrada razón, podría compararse a la diseñada por Malthus, precisamente lo que la Naturaleza misma sabe impedir.

La conservación de la propia especie por medio de la propagación, por un lado, y la contribución al todo de la Naturaleza, por el otro, es un principio valedero todavía en mayor medida, para las plantas. La existencia del reino animal, e incluso la nuestra propia, no sería posible sin las plantas verdes y su capacidad de asimilar carbono y minerales: el reino vegetal soporta y posibilita la existencia del Hombre y del animal.

Lo que aquí no podemos sugerir más que someramente y en forma simplificada (para una fundamentación más detallada, véase mi trabajo "*Apuntes sobre una ética ecológica*" en la revista "Erziehungskunst", año de 1975, págs. 561 y 628), debiera constituir el andamio fundamental de la enseñanza de la biología moderna, apoyada en una plétora de ejemplos, y echando mano de conexiones claramente inteligibles.

El escolar ha de cobrar experiencia de que, por doquiera que se encuentren individuos, entes diferentes y separados que integran una comunidad, la convivencia transcurre a través de un mutuo dar y recibir, ya sea en la sociedad, o bien en la naturaleza, si bien con diferencias significativas: en la sociedad humana, la cooperación debiera ser voluntaria, en tanto que en la naturaleza se desenvuelve supeditada a regularidades determinadas por la herencia, que no conocen libertad alguna.

Es de suma importancia subrayar esas diferencias cualitativas con las que un mismo principio se manifiesta a diferentes niveles; de lo contrario, se desdibujarían las líneas divisorias, incurriéndose en el mismo vicio de transferencia de un área a otra, reprochable al socio-darwinismo.

Si esto se convierte en experiencia para el escolar, él sacará de ella, de modo natural, la única conclusión posible, o sea, que tampoco el Hombre debe asumir frente a la Naturaleza la conducta de puro receptor, sino asumir también el papel de donante. ¿Qué posibilidades tiene de hacerlo, y cómo tiene que hacerlo? Aplacemos un poco la respuesta.

No es suficiente que esas preguntas se discutan tan sólo a nivel mental, ni siquiera en los grados superiores de la educación media; tampoco es suficiente analizarlas intensamente dentro del aula, de acuerdo con la edad de los alumnos. Con esto, nada se lograría; tan sólo se habría fomentado la ilusión de que, ante todo, lo que importa es penetrar mental e intelectualmente, algún tema, olvidando, o, por lo menos, restando importancia a la subsiguiente realización de los pensamientos a través de la acción volitiva. Tampoco es útil fundamentar semejante actitud ética frente a la Naturaleza hasta en los grados superiores, si no se han echado los cimientos en la escuela elemental.

Pero, ¿cómo podemos proceder, considerando que, antes de la pubertad, el niño es totalmente extraño e incomprensivo a semejante penetración mental de conexiones complejas? Si en los grados elementales procediéramos de la manera descrita, no haríamos sino generar rechazo y aburrimiento, es decir, repudio ante lo ininteligible.

Antes de la pubertad, el Niño no se vincula con el mundo a través del pensar conceptual y de la observación objetiva y realista, sino por vía de la recia vivencia emotiva y de la visión eidética; vive en un mundo de imágenes cromáticas, vivas, saturadas de sentimiento. Ese es, pues, el camino por el cual hemos de llegar a él.

Rudolf Steiner les da a los maestros de los primeros tres grados el consejo de narrarle al Niño "cuentos sugerentes", así como cuentos y leyendas relacionadas con la naturaleza. En esas narraciones, las plantas y los animales salen en escena como si fueran personas de actuación consciente, lejos de toda objetividad científico-natural. Con esa objetividad, no llegaríamos al Niño que divisa un hombrecillo en cada hongo, un ser animado en todo objeto natural, así como, desde luego, en el sol y la luna, en el pino y en la planta: **el Niño es categóricamente incapaz de captar y vivenciar lo inanimado.**

Puede escandalizarse el adulto por la aparente ingenuidad precientífica de esos cuentos; de hacerlo, pasa por alto lo esencia, o sea, que esas narraciones generan en el Niño amor y cariño, cálida simpatía y entrañable participación, como jamás pudiese suscitarlos a esa edad, la sobria y objetiva enseñanza "científica".

Se le escapa al adulto que esas narraciones despiertan en el Niño la vivencia de su parentesco con los seres y objetos de la Naturaleza, *¡Y ésta es la base decisiva para todo lo posterior!* Tengamos en cuenta que el adolescente y adulto sólo abogará y trabajará más adelante con todo ahínco y energía, por aquello que, de muchacho, le haya enardecido en unión efectiva y emocional.

Se requiere un avanzado grado de condición adulta, para ir a la acción por pura captación mental de lo que se reconozca como correcto, sin que medie impulso o estímulo de algún sentimiento. He ahí la meta del "Hombre libre", meta en la que el Niño y el Joven todavía no se encuentran, mas tienen derecho a encontrarse, a gran distancia. Lo que antecede es de gran trascendencia, no sólo para mí como individuo, sino también para la naturaleza. Algo sucede en ella: cuando le brindamos sentimientos de afecto, de inclinación, de amor, así como, más tarde, pensamientos y acciones que han nacido de la sensación de una íntima unión, fluye entonces hacia ella algo que ella misma ni conoce ni posee. En la naturaleza, reinan leyes anónimas sin conciencia ni moralidad, sin conocimiento del bien y del mal. Sólo al Hombre le corresponde introducirse.

Así, queda contestada una parte de la pregunta de cuál ha de ser la contribución del Hombre a la Naturaleza, de qué es lo que él le debe a ella en retribución a ella posibilita su existencia. Sin duda, ha de ser algo que sólo el Hombre es capaz de dar, pues a contraste de los sucesos naturales, los actos del Hombre siempre poseen el componente ético-moral. Incluso lo poseen sus actos frente a la naturaleza: precisamente en ella, la cualidad moral o antimoral de sus actos muestra resultados inmediatamente tangibles y que, en creciente medida, retroactúan sobre quien los origina.

La primera enseñanza de la y zoología y botánica, propiamente tal, en 4º y 5º curso, ahonda la vivencia de afinidad, todavía fuertemente a nivel anímico-emotivo, pero ya también a nivel mental y real: hechos y pensamientos vertidos en forma de estampas anímicas.

Así, para la botánica, Rudolf Steiner recomienda, por ejemplo, comparar los tipos inferiores de hongos y algas, de musgos, helechos y plantas florales, con determinadas etapas de la infancia, desde el lactante hasta el Niño de madurez escolar; en cada nueva etapa, el Niño, como también la planta, acredita un aumento de sus facultades. De esta manera, el estudio y del paulatino y gradual despliegue y diferenciación de las criptógamas hasta las plantas florales, viene siendo una descripción de la evolución, *jen el fondo, empresa inaudita!*: disponer el pensamiento evolucionista ya en la niñez, por medio de una argumentación a la vez audaz y exacta, al alcance del Niño, los principios internos y las leyes de evolución son esencialmente idénticos a todos los niveles, tanto en los de "a largo plazo" de los grupos y reinos de la naturaleza, como en los a "corto plazo" de los individuos, y conducen, del estado simple e indiferenciado, fuertemente ecotrópico, a estructuras cada vez más complicadas, y a mayor autonomía.

Desde luego, que ese primer estudio de la Naturaleza implica, además, muchos otros aspectos: **educa para el pensar vivo, flexible, sin dejar de ser exacto, en nexos causales e interdependencias, en vez de transmitir tan sólo información de hechos inconexos sobre animales y plantas. El dominio de una materia, no como finalidad en sí, sino como medio para despertar y adiestrar determinadas facultades, facultades que no sólo han de aplicarse frente a la Naturaleza, sino que son de alcance general.**

Toda esa educación de las facultades, sin embargo, sería incompleta y unilateral, si se limitara al ánimo y al entendimiento, sin involucrar también **la voluntad**. En la pedagogía de Rudolf Steiner, esto se comprende de la más variada manera, en las materias artísticas y artesanales, pero asimismo en el campo de la historia natural, concibiendo más ampliamente su marco. No se trata de recolectar plantas o de observar pájaros; sin duda, prácticas nada objetables, pero que no trascienden el marco de registrar y observar: se extrae y se recibe algo de la Naturaleza, aunque sean impresiones sensorias, sin dar nada en cambio.

Distinto es lo que nosotros pretendemos: cuando, en **6º curso**, la enseñanza de la zoología y de la botánica retrocede a favor de otras ramas de las ciencias naturales, así como de la antropología, se introduce en el currículo, como nueva materia, la horticultura. En ella, se practica el trato activo con la Naturaleza, con el suelo y con el mundo vegetal, para llegar a la experiencia fundamental de que se requiere una atención prolongada, paciente y cariñosa, y que primero y por largo tiempo, hay que "dar", antes de poder recibir algo.

Ahí, los Jóvenes, al meterse de lleno en las múltiples operaciones laborales, vivencian la objetivación del pensamiento ecológico y orgánico, que trata de cooperar con la naturaleza, en vez de explotarla, y que conscientemente renuncia a la actual tendencia de maximizar los rendimientos, tendencia que, forzosamente, no puede tener éxito sino por breve plazo, y está ligada al subsiguiente agotamiento de los suelos y a la pérdida de calidad de los productos. En su lugar, el método bio-dinámico promueve la implantación de circuitos de largo plazo, acordes con la naturaleza y orgánicamente saludables, circuitos a los que pertenecen, completándose mutuamente, la ganadería y la agricultura, con lo cual, a fin de cuentas, ese sistema incluso resulta más económico.

Los Alumnos tienen oportunidad de establecer contacto personal con las personalidades que organizan y dirigen esas empresas, y se dan cuenta de las confrontaciones económicas y espirituales en que se halla involucrada la agricultura contemporánea. Llegan a conocer, a través del ejemplo vivo, la libertad de toma de decisión en que se halla colocado el agricultor individual: la alternativa de ir con la moda y decidirse por el método explotador, o, a la inversa, luchar por un método que coopere con la Naturaleza, cultivándola en vez de destruirla.

Los Alumnos llegan a conocer y a practicar, siquiera en sus rudimentos, lo que será decisivo en el futuro, y lo que habrá de constituir otra contribución del Hombre, otra "donación" a la naturaleza, más allá de la vivencia emotiva de la afinidad y del entendimiento científico del enlazamiento de todos los procesos naturales.

¿Cuál es esa otra contribución?

El desarrollo ulterior de la naturaleza, con base en la intuición de sus leyes internas, por la cría de nuevas razas de animales y vegetales, por la creación de paisajes cultivados ecológicamente sanos, y ricos en formas vitales. He ahí otra cualidad que la propia naturaleza no conoce, pues ella no vive, no se despliega y no se desarrolla por intuición y captación de sus propias leyes, sino que se halla supeditada a ellas, ciega y sin conciencia.

Tampoco conoce la naturaleza la libertad, esa libertad que es el resultado de toda auténtica cognición, y que consiste en luchar por lo que se ha reconocido como correcto, en vez de indiferente, dejar que las cosas sigan su curso.

Así, de manera muy concreta y preñada de consecuencias, el Hombre introduce la libertad, la suya propia, en la naturaleza. Lo hace permanentemente y sin interrupción, ya sea que lo advierta o no; está en libertad de decidirse por una u otra cosa, ya sea por la superación de la naturaleza, o por su ocaso. La naturaleza, le es entregada o encomendada, como se quiera.

El joven que, en nuestra época sale de la escuela para incorporarse a la vida social, debiera tener captado este conjunto de hechos en su pensar, en su sentir y en su querer.

Aportación de Roberto Mariategui